

TEXTOS Y GLOSAS

¿Cómo se unifica la Iglesia?

En las diversas épocas de su historia, la Iglesia ha vivido, en mayor o menor intensidad, la tragedia de profundas crisis espirituales. Basta abrir una Historia cualquiera para percatarse de ello. Sin embargo, no siempre los cristianos supieron resolver acertadamente esas crisis. Las premisas que se formulaban no eran adecuadas para encontrar la solución que exigían las circunstancias concretas del momento. Por el contrario, no sólo no conseguían resolver la angustiada crisis, sino que venían a agravar aún más la situación. Por ejemplo, en la crisis de los siglos IX-XI, los métodos empleados, si bien se entremezclaron las disputas teológicas, fueron predominantemente políticos y a ellos iban a terminar las mismas discusiones espirituales. En cambio, la caridad y la comprensión, únicas premisas que podían haber llevado a la solución verdadera, brillaron por su ausencia. Son significativas las palabras de Solowiew en este sentido: "en las mutuas relaciones entre la Iglesia oriental y occidental, a partir del siglo IX, se puede encontrar de todo menos la caridad que todo lo soporta, que es misericordiosa, que no tiene envidia, ni altanería ni egoísmo"¹. Consecuencia de estas posturas falsas fue la separación definitiva de 1054, el cisma, que aún hoy perdura para vergüenza de unos y otros, si se me permite la expresión. Las tentativas de unión, que se llevaron a cabo en los siglos posteriores, volvieron a fracasar, precisamente porque las miras, que impulsaban tales intentos, se perdían siempre en los enmarañados campos de una política egoísta.

Esta misma consecuencia de desgarramiento y separación aparece en el siglo XVI con Lutero, como solución a la crisis espiritual que en esta época padecía la Iglesia católica. La reforma "tanto en la cabeza como en los miembros", según la expresión de entonces, se venía pidiendo cada vez con más urgencia. Pero las directrices, que debían llevarla a cabo, tomaron un rumbo equivocado, conduciéndola a un movimiento anti o, al menos, extraeclesialístico y definitivamente cismático desde 1517. Cabe, pues, preguntarse por qué aquellas directrices tomaron, de hecho, un rumbo equivocado y no el verdadero y necesario que exigían las circunstancias. La respuesta habría que buscarla en un estudio más profundo, de como generalmente se ha venido haciendo hasta hace pocos años, de las corrien-

¹ ALGERMISSEN, *Iglesia Católica y Confesiones cristianas*, ed. Rialp, Madrid 1964, 611.

tes intelectuales, culturales, espirituales y políticas de toda esta época, que confluieron en Lutero, cómo las asimiló él en su inteligencia y supo darles un carácter de intimidad personal muy marcado. Pero no es mi intención analizar aquí esos puntos, sino simplemente llamar la atención sobre ellos para situar esta escisión dolorosa en su plano histórico verdadero e indicar que los métodos predominantemente científicos y técnicos empleados en aquel momento histórico llevaron a un empeoramiento, más que a un arreglo auténtico necesario, como fue la división, que vino luego consolidada por los intereses políticos de unos príncipes egoístas y la enemistad cargada de prejuicios.

Estos métodos políticos, en el primer caso, y científico-técnicos, en el segundo, a que me he referido anteriormente, resultaron insuficientes y, a la postre, desastrosos. En cambio, la crisis espiritual que sufrió la Iglesia en el siglo IV, principalmente en la Iglesia de Africa, pudo ser resuelta favorablemente, porque los métodos empleados allí fueron prevalentemente espirituales. Sencillamente supo hacer uso de la fuerza y energía espiritual que se requería para solucionar la crisis también espiritual, que amenazaba peligrosamente estallar en un desgarramiento semejante a los dos anteriores.

Sin querer culpar totalmente a la Iglesia de tales fracasos y, mucho menos justificar la postura de aquellos que provocaron la escisión, sí es preciso reconocer que, en semejantes ocasiones, tanto los seguidores fieles del Primado como los fautores de tales escisiones, no supieron hacer uso del caudal espiritual necesario que solucionase debidamente aquellos problemas de la Iglesia, si bien lo tenía abundante en ella misma, ya que el Espíritu Santo nunca ha dejado de asistirle, como se lo prometiera Cristo. Este reconocimiento de la insuficiencia e incapacidad de los métodos humanos, —demasiado humanos tantas veces—, lejos de crear en nosotros un pesimismo agobiante de disculpa, debe constituir la base de un optimismo fecundo para el futuro, pues nos enseñará a solucionar los problemas o crisis espirituales, dando más cabida a la energía espiritual de la misma Iglesia de Cristo, que, en definitiva, será dársele al mismo Cristo, puesto que se halla comprometido en ella.

Estas lecciones de la historia de la Iglesia están siendo aprendidas con auténtica humildad por aquellos que buscan, con laudable afán, una verdadera solución a la crisis espiritual que hoy vivimos, tanto en la Iglesia Católica como en las hermanas, ortodoxa y protestante. Si bien queda aún mucho por hacer, es ya esperanzador que se haya comenzado a trazar unas directrices más genuinas y verdaderas, como puede apreciarse en las diversas Constituciones conciliares del Vaticano II o en las encíclicas de Pablo VI y en las de sus predecesores Pío XII y Juan XXIII. También en los campos ortodoxo y protestante se vienen celebrando periódicamente Congresos y reuniones, se redactan conclusiones y se escriben artículos y libros, con la misma finalidad de dar una solución única y válida a esta

crisis espiritual del momento. Todos, hablando en general, nos hemos dado cuenta de la necesidad de una solución urgente del problema y de que la división y separación es el mayor obstáculo a la misma. La dificultad, pues, estriba en conseguir que esa solución urgente sea única y válida a un mismo tiempo. Tanto más difícil cuanto que no existe aún una coincidencia en el modo de remover el obstáculo de la división de los cristianos y, por lo tanto, en el modo de realizar la unión de los mismos, como base de esa solución verdadera deseada.

¿Cuál es entonces el estado actual de la cuestión en este aspecto? Tomemos como base dos obritas, una católica y otra protestante, como respuesta a la pregunta que acabamos de formular. Comencemos por la católica².

Dejando aparte el juicio histórico que pueda merecer el ilustre historiador y teólogo en este punto³, quiero resumir su pensamiento y consideraciones sobre el problema actual de la unión entre católicos y protestantes, que nos da en la Introducción y que refleja ciertamente el sentir católico frente al problema, en un país profundamente afectado por él, como es Alemania.

Comienza diciéndonos que atravesamos por un momento de crisis religiosa, particularmente en Occidente, a la que se busca afanosamente dar una solución. Como siempre en tales casos, se recurre a la Historia preguntando: ¿Qué es lo que ha pasado?, ¿qué causas o hechos nos han traído hasta este estado de cosas? Advierte, sin embargo, que sería un error peligroso creer que el remedio de nuestra enfermedad actual puede lograrse simplemente evitando las deficiencias del reciente pasado. No es suficiente, aunque sea digno de encomio, el sinnúmero de trabajos y conferencias que giran en torno a la abolición de la tiranía y en torno a la libertad y desarrollo de la personalidad. No consiste sólo en luchar contra las esclavitudes y hablar mucho de libertad. Esto sería caer en un liberalismo que podría llevarnos a nuevas arbitrariedades, parecidas a las que resultaron del liberalismo del siglo XIX.

El auténtico conocimiento, pues, para encontrar una solución exacta, debe remontarse a la historia de la cual proviene nuestra actualidad. Porque la historia no es solamente pasado, sino también y siempre un incompleto que espera, en cierto modo, su perfección de nosotros. Y esto bajo un doble aspecto: unas veces como positivo, reuniendo y actuando las energías dispersas en el pasado, las organizaciones procuradas, los programas presentados, etc.; otras como negativo, porque las soluciones históricas se presentan como esencialmente insuficientes e incluso hasta gravosas para la ulterior vida del hombre.

Para la Reforma del siglo XVI valen los dos aspectos: tuvo sus valores po-

² J. LORTZ, *Wie kam es zur Reformation*, Eisesdeln 1963. Se recogién en ella algunos capítulos de la extensa obra *Die Reformation in Deutschland*.

³ Puede verse, a este respecto, el juicio sereno y equilibrado que ha escrito el P. R. G. VILLOSLADA, *Arbor* 58 (1964) 125-147, sobre la voluminosa obra de J. LORTZ, *Die Reformation in Deutschland*.

sitivos, pero es también un suceso inacabado y una solución poco feliz. Pretendía una reforma en la cabeza y en los miembros de *una Iglesia común de todos los cristianos*, pero no sólo no lo logró, sino que se produjo el desgarrón que dividió la Iglesia y la Cristiandad. La misión, pues, que se había propuesto, no la cumplió. De ahí que sea vital para la actual humanidad volver otra vez sobre la misión de la Reforma y darle nuevamente solución.

En resumen, viene a decirnos que esta crisis o enfermedad que sufrimos hoy procede de la solución desgraciada que se dio en el siglo XVI a los problemas de entonces y que, por lo mismo, es preciso remontarnos hasta ella, buscando ahora la verdadera solución. Esta afirmación, dice, no es gratuita. Tenemos un hecho: que el llamado Occidente cristiano se ha descristianizado esencialmente desde hace mucho tiempo; incluso es un Occidente apóstata, ya que, tanto en la vida pública como en la privada, ha sido nula, o al menos gravemente herida, —mucho más de lo que generalmente se cree—, la sustancia cristiana, de la cual precisamente procede ese Occidente. Apostasía, sí, porque con su postura ha renunciado y renegado de su origen mismo. “Y no cabe duda que entre los muchos factores que podrían enumerarse de esta descristianización, no se da ninguno que haya influido tan principalmente como la Reforma” (p. 10). Y subraya el siguiente aserto: “*a causa de la división de la cristiandad, —no se olvide que ésta fue la solución directa de la reforma pretendida—, ha sufrido decisivamente la fuerza de convicción del pronunciamiento cristiano*”. Tal división ha contribuido esencialmente en la producción del fenómeno que ha alejado, siempre más y más, de la moderna humanidad el concepto de verdad. Así, por ejemplo, si se predica el cristianismo en las grandes ciudades, inmediatamente surge en el ánimo de los oyentes la contrapregunta: “¿qué cristianismo, el católico o el protestante?”. Y dentro del mismo protestante: “¿qué iglesia o secta?”. Es decir, los cristianos de todas las confesiones, incluso los católicos, están, consciente o inconscientemente, bajo la paralizadora impresión de la relativización de lo cristiano, como consecuencia del desgarrón reformador. Por todo lo cual, es evidente que, para la recristianización vital de Occidente y del mundo, una de las primeras condiciones es *la unión de los cristianos* y, antes que nada, la preparación de esta unión” (p. 10).

Para ello es preciso *reorientarse*, cambiar de método. Metanoia significa, ante todo, repensar, adquirir un nuevo modo de pensar. Es difícil lograr que lo ya visto se vea de nuevo y de modo que no quede en lo puramente teórico, sino que esa nueva visión influya en la vida concreta y se realice en ella. En este sentido, deben, católicos y protestantes, reorientarse. Todo lo cual lleva consigo sufrimiento, porque implica una decisión, que, como tal, es siempre un fenómeno doloroso, pues toda decisión es una separación, una renuncia ⁴ a prejuicios o concep-

⁴ En el idioma alemán es aún más clara esta derivación: *Entscheidung*

tos que quizás nos han llegado a ser profundamente queridos. Este es, pues, el primer paso que debemos dar en busca de la unión.

Otro paso, aún más necesario e importante, consiste en *apoyarse en la verdad total*, rechazar toda clase de relativismo en la verdad como el "asesino" más terrible de esa misma verdad. No cabe duda que el núcleo del cristianismo es el dogma. Porque el dogma es la seguridad y garantía de la verdad cristiana en la forma accesible a la comprensión humana; el dogma es protección de la verdad de salvación. Todo depende de esto: si se encuentra esa verdad, o no. Por tanto, para una mutua comprensión y aproximación no puede ser admisible la tolerancia dogmática, sino más bien la intolerancia dogmática, porque tal tolerancia significaría la muerte de la verdad que debe salvarnos. La intolerancia dogmática no significa, ni mucho menos, falta de amor —necesario para llegar a la unidad—, sino, al contrario, debe fomentar ese amor, porque el amor se ha de basar en la verdad, pero nunca contra la verdad. Sólo un amor grande y al servicio de la verdad puede hacer posible la unidad.

Para el logro de esta solución contamos hoy con motivos científicos y religiosos más propicios que en 1517. Hoy conocemos mejor, merced a los trabajos realizados en los últimos 40 años, el decadente Medievo y la evolución del joven Lutero.

Pero más importantes son los motivos religiosos. Después de la II Guerra Mundial, las dos confesiones se encuentran amenazadas en su propia vida. Todo el Occidente se encuentra entre la vida y la muerte, amenazado, más que nunca, por el frente anticristiano. Urge, por tanto, el común esfuerzo por acrecentar un cristianismo esencialmente más responsable. En estas palabras de la Oración sacerdotal "ut omnes unum sint", Cristo impone un mandato obligatorio para todos los cristianos. El Señor dice, nada menos, que esto: que el mundo generalmente, para que pueda llegar a la fe en El, ha sido ligado a la perfecta unidad de los cristianos entre sí, al modo como están unidos el Padre y Cristo. Si, pues, los discípulos de Cristo no guardan esta unidad entre sí, el mundo no podrá encontrar la fe. La responsabilidad, ciertamente, es tremenda. Y muy lógico también el que la incredulidad vaya creciendo más y más e incluso nos amenace de muerte, mientras perdure esta separación entre las diversas confesiones.

Pero ha de entenderse bien esta unidad. No como un movimiento horizontal, y menos como una nivelación, sino más profundamente enraizada en el Señor. Resulta un contrasentido el hablar de "Iglesias" de Cristo, en plural, como si una publicación de fe pudiera reclamar para sí exactamente el mismo derecho que otra de distinta confesionalidad.

El pensamiento de Lortz, que he procurado expresar, a través de sus refle-

—decisión— es una reafirmación, mediante el prefijo "ent", de la palabra simple *Scheidung*, que significa separación, divorcio, etc.

xiones sobre el problema, traduciendo casi literalmente, podría resumirse así: la crisis, que padecemos hoy, es una consecuencia de la división protestante del siglo XVI. No sólo no cumplió la misión de reforma, ciertamente necesaria, que se había propuesto en un principio, sino que agravó aún más la situación. Nos incumbe, por tanto, ahora, reemprender esa misión, borrando antes totalmente toda escisión e independencia, como raíz de la descristianización sucesiva de la humanidad, principalmente occidental, y causa del relativismo en la verdad que tanto se advierte. Urge, sí, la solución verdadera, pero la primera condición necesaria es la unidad de todos los cristianos. Unidad que ha de realizarse únicamente en la verdad total, sin relativismos, mediante un gran amor, que sólo puede basarse realmente en la verdad. Por más difícil que sea ahora una decisión en este sentido, nos impulsan a salvar esas dificultades motivos científicos y religiosos; principalmente el mandato obligatorio de Cristo: "que todos sean una misma cosa" en la unidad perfecta del Padre y el Hijo, no en un modo horizontal o de nivelación. A esta unidad perfecta ha sido condicionada por el mismo Cristo la fe del mundo en El, mientras que la división constituirá una amenaza, siempre creciente, para la vida misma del cristianismo.

El opúsculo protestante, a que nos referimos anteriormente, es una conferencia pronunciada primeramente en enero de 1957 en el "Polytechnikum" de Zurich, luego en el "Instituto Suizo" de Roma y finalmente en la "Organización católica para la unión de las Iglesias" de París⁵. Según confesión del mismo Cullmann, llovieron las objeciones, tanto de católicos como de protestantes, al plan propuesto por él para una aproximación o acercamiento mutuos, si bien encontró un eco favorable y efectivo, también en los dos campos. De ahí que se determinase a renovar su trabajo en esta obrita, dando mayor amplitud al cuadro general de la misma y bajo la consideración de aquellas objeciones.

Cullmann está convencido de que la primera condición para un acercamiento entre católicos y protestantes, necesario por otra parte, es la absoluta franqueza mutua: "si queremos encontrar una razón firme para una mejor comprensión; si queremos aproximarnos unos a otros en la verdad, tenemos, ante todo, que hablar unos con otros tan abiertamente como sea posible, sin reticencia alguna". Y con esta sinceridad y franqueza quiere esforzarse, consiguientemente, por tratar el problema de la unidad o acercamiento entre católicos y protestantes, al mismo tiempo que propone algunas consideraciones prácticas para llevar a la realidad ese acercamiento mutuo.

¿Cuál es, pues, su pensamiento frente al problema y su solución? Divide su trabajo en cuatro partes, de este modo: en la primera, estudia, como exégeta, la unidad y separación de los cristianos, a la luz de los pasajes del Nuevo Testa-

⁵ O. CULLMANN, *Katoliken und Protestanten*, Basel 1958.

mento en que se habla de este problema. En una segunda parte considera que la unión de las Iglesias, romana y no-romanas, en una e idéntica Iglesia, según el concepto y visión de los hombres, es *imposible*. En la tercera parte nos dirá que, si bien esa unión, de que ha hablado anteriormente, es imposible, resulta en cambio posible, e incluso se está haciendo ya realidad, mediante las discusiones teológicas y la oración mutua, la *solidaridad* de los cristianos bautizados que llevamos el mismo nombre de Cristo. Además de estos dos medios citados, que están siendo ya expresión de esa solidaridad, añade otro, con el fin de hacerla más real y sólida: organizar *una colecta anual* por ambas partes; de los protestantes para subvenir a las necesidades de los católicos y de los católicos para remediar las de los protestantes. Finalmente, en la cuarta parte, trata de las objeciones que le han sido propuestas, intentando resolverlas.

Es decir, Cullmann, basándose en la interpretación que hace de la Sagrada Escritura acerca de la unidad y separación de los cristianos, —naturalmente guiado por el principio protestante del “libre examen”—, viene a decirnos que la unión de los mismos en una e idéntica Iglesia no sólo es imposible, sino más bien contraria a la concepción misma del cristianismo y a la historia de la Iglesia primitiva. Lo que sí es posible es la solidaridad de todos los bautizados en Cristo y, en este sentido precisamente, es como debe entenderse la unidad de que nos habla el Nuevo Testamento. Para lograr una solidaridad auténtica y firme contamos con esos medios aptos de las discusiones teológicas, la oración ad invicem y una colecta anual de los unos por las necesidades de los otros. De hecho, nos dice, se han dado ejemplos muy consoladores en este sentido y que vienen a ser una respuesta clara a las objeciones que se le han planteado sobre las dificultades o escaso efecto que supondría tal colecta.

Tanto Lortz como Cullmann, en sus respectivos trabajos, que hemos presentado como reflejo del ambiente actual entre católicos y protestantes, están de acuerdo en afirmar la existencia del problema: nos encontramos ante una profunda crisis religiosa y urge una solución a la misma. Solución que dependerá de la postura que adopten las dos partes entre sí. Pero la diferencia es notable y fundamental en cuanto al planteamiento mismo de la cuestión para llegar a una solución verdadera, eficaz. Parten de principios y conceptos muy distintos; tan distintos como que son precisamente los que constituyen más esencialmente el fundamento de la separación. Por tanto la solución es igualmente diversa. De ahí que nos sea lícito concluir que el retorno de los protestantes a la Iglesia Católica, de la cual se separaron, no sea algo inmediato, que casi estemos cogiendo ya con las manos, como algunos, excesivamente optimistas, han podido creer. Nosotros, basados en esta realidad del momento actual, pensamos que esa solución de la unión aparece más bien lejana. No obstante, si bien el camino a recorrer se presenta aún largo y, humanamente hablando, no podemos prever hasta

cuándo seguirá esta situación, abrigamos la esperanza cierta de que se resolverá felizmente algún día. Quizás Dios se reserva ese momento histórico hasta que todos, —católicos y protestantes— respondamos cada uno personalmente con una vida de fe más profunda, traducida en obras de santidad y no sólo de forma exterior, ya que nos hemos dado cuenta del problema y de la responsabilidad que pesa sobre todos y cada uno, si seguimos prolongando esta situación de división en la fe. En definitiva, la santidad de los cristianos se hace necesaria, no sólo para lograr la unión anhelada, sino también, y principalmente, para que esa unión pueda ser la solución ideal y eficaz de esta crisis actual que vivimos. Porque santidad quiere decir todo esto: verdad, comprensión, caridad o amor mutuo, unidad.

P. E. GUTIÉRREZ, O. S. A.